

LECCION XX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo duodécimo del Símbolo. — Certeza de la vida eterna. — Definición. — Naturaleza. — Felicidad esencial de los Santos. — Felicidad accidental. — Auréolas. — Cuarto beneficio de la Iglesia. — Obligación de profesar la fe.

El artículo duodécimo del Símbolo se desprende naturalmente del anterior, y es el glorioso remate de la fe católica. Despues de haber hablado de la resurreccion de los verdaderos hijos de la Iglesia, era necesario que los Apóstoles nos manifestasen lo que está reservado á los que tengan la dicha de ser partícipes de ella, y nos lo dicen nombrando en seguida la vida perdurable. Esta consoladora verdad está colocada al fin del Símbolo para recordar al hombre : 1º. que el cielo es su fin ; que para esto le ha criado el Dios Padre, le ha redimido el Dios Hijo, le ha santificado el Dios Espiritu Santo, y le alimenta y protege la Iglesia como á un hijo adorado, de modo que todas las obras de la santísima Trinidad, explicadas en los artículos anteriores, tienden á este mismo fin ; 2º. que el cielo debe ser el objeto de todos sus pensamientos, de todas sus acciones, el término final de su vida, así como será la recompensa de su fidelidad. ¡Quiera Dios que así sea para mí y para todas aquellas personas que me son queridas !

Decimos, *creo en la vida perdurable*, para indicar que ponemos sobre toda clase de dudas el que despues de la vida presente hay otra que jamás tendrá fin, que estará llena de todos los bienes del alma y del cuerpo, y de la que gozarán los justos, cada uno segun sus méritos. Lo mismo que la eternidad desgraciada, la eternidad feliz ha sido objeto de la creencia de todos los pueblos desde el principio del mundo, como lo prueban los historiadores, poetas, monumentos, libros y usos religiosos de la antigüedad. Sin embargo, como otras, esta verdad habia sido oscurecida por las pasiones; siendo necesario que Jesucristo Señor nuestro la proclamase de nuevo, y la pusiese á cubierto de todas las contradicciones humanas. Así lo hizo, declarando en términos expresos que los *justos irán á la vida eterna* ⁴, y los Apóstoles

⁴ Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. (*Matth.* xxv, 46.) — Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. (*Sap.* iii, 1.)

continuaron su enseñanza, incluyendo en el Símbolo las palabras de su Maestro.

Estas palabras *vida perdurable* no designan únicamente la eternidad de los Santos, sino tambien la eternidad de su dicha ; la principal razon que ha hecho que se llamase así la felicidad suma, es la de alejar del todo la idea de que pudiese consistir en cosas corporales, frágiles y de una duracion limitada. Las palabras *vida perdurable* nos advierten además de que una vez adquirida la felicidad, no podrá jamás perderse ; ahora bien, la felicidad propiamente dicha comprende todos los bienes sin mezcla alguna de mal, y debiendo colmar todos los deseos del hombre, es preciso que sea eterna ; de otro modo el temor y la ansiedad serian para los elegidos un tormento inevitable.

Finalmente, la expresion de *vida perdurable* es muy propia para hacernos concebir cuán grande es la felicidad de los Santos en el cielo. La vida es el mayor de los bienes que podemos naturalmente desear, y bajo este aspecto nos es presentada la felicidad cuando es llamada la vida perdurable, la vida por excelencia, la vida propiamente dicha. « Siempre, dice san Agustín, que veais el nombre de » vida en la Escritura, alejad de vuestra mente toda idea de pena y » de tormento ; pues estar continuamente en medio de los tormentos » es no una vida, sino una muerte eterna. Los sagrados libros llaman » á esto una segunda muerte, la que vendrá despues de la que vivimos en la tierra ; y si bien se llama segunda muerte, nadie muere » en ella, ó, mejor seria decir que nadie vive, pues repito que vivir » continuamente entre dolores no es vivir. Hé aquí por qué la Escritura dice : *Aquellos que habrán hecho bien vendrán á la resurreccion » de la vida* ; advirtiendole que no dice de la vida bienaventurada, pues » el solo nombre de vida significa la beatitud ⁴. » Si, pues, lo que mas amamos es esta vida tan corta y calamitosa, sujeta á tantas miserias, y tan digna de ser llamada una verdadera muerte, ¿ con qué celo, con qué ardor deberémos buscar la vida eterna, en que exentos de todos los males gozaremos de la perfecta abundancia de todos los bienes ?

Pero ¿ cómo explicar la naturaleza de esta vida ? No hay lengua humana que pueda conseguirlo. San Pablo nos asegura que los ojos del hombre no han visto, que sus oídos no han oído, que su corazón no ha deseado jamás nada semejante á la felicidad que Dios reserva á sus justos durante la eternidad. Contentémonos con balbucear sobre ello algunas palabras, y digamos en general que la felicidad de la vida eterna comprende de una parte la carencia de todos los males, y de otra el goce de todos los bienes.

4º. La carencia de todos los males. En el Apocalipsis se dice ex-

⁴ Lib. II De Civit. Dei, c. 18.

presamente que los bienaventurados *no tendrán hambre ni sed ; que no les incomodarán ni el sol ni los vientos abrasadores ; que Dios enjugará las lágrimas de sus ojos ; que la muerte no será ya mas ; que no habrá mas llanto , ni clamor , ni dolores* ¹.

2º. El goce de todos los bienes. Nuestro Señor nos lo revela con estas admirables palabras : *¡ Valor ! dice , fiel y leal servidor , entrad en la alegría de vuestro amo* ² ; de modo que la alegría de los bienaventurados es tan inmensa que no puede entrar en los corazones , sino que estos deben entrar en ella , quedando rodeados y penetrados de la misma , y perdidos y abismados en ella como el pez en medio del inmenso Océano ; en una palabra , serán felices y quedarán enteramente saciados. ¿Cómo se verificará tan delicioso misterio ? por la participacion en las dos clases de bienes que componen la bienaventuranza eterna , bienes que pueden ser *esenciales ó accesorios*.

La verdadera bienaventuranza , la que podemos llamar esencial , consiste en la vision de Dios y en el conocimiento de su infinita belleza , origen de todas las hermosuras y amabilidades creadas : verémos á Dios cara á cara , tal como es ; le poseerémos , le amarémos sin temor alguno de perderle jamás. Verémos al Padre todopoderoso que nos ha criado , al Hijo infinitamente sabio que nos ha redimido , y al Espíritu Santo infinitamente bueno que nos ha santificado ³ ; y no solo verémos á Dios , sino que le amarémos y poseerémos sin temor de perderle. Sin embargo , la felicidad de los Santos no será igual , y sí arreglada al mérito de cada uno , sin que esta desigualdad cause jamás celos ni disminuya en nada la felicidad de nadie ; todos estarán contentos , pues cada Santo conocerá del modo mas evidente que Dios le recompensa en proporcion de sus méritos. Lo mismo que sucede entre nosotros sucederá en la casa bienaventurada del Padre de familia ; cuando un padre da á dos de sus hijos un vestido de la misma tela , el mas jóven no envidia el vestido de su hermano aunque coja mas tela que el suyo , pues sabe que no guardaria proporcion con su talla ; del mismo modo , el dedo no está celoso de la cabeza porque esta ostente una diadema , del mismo modo que la cabeza no está celosa del dedo porque lleve este un anillo.

No es esto todo ; no solo verémos á Dios , origen de toda belleza ; no solo poseerémos á Dios , origen de todo bien ; no solo amarémos á Dios , origen de todas las delicias , sino que serémos semejantes suyos ⁴. Es cierto que los Santos conservan siempre su propia sustancia , pero reciben una fuerza admirable y como divina , que les hace asemejar mas á dioses que á hombres. Si bien el lenguaje humano es impo-

¹ Apoc. xxi , 4.

² Matth. xv , 21.

³ Sobre el modo como verémos á Dios , véase Nat. Alex. *De Symb.* pág. 370.

⁴ I Joan. iii , 2.

tente para explicar tan grande maravilla , vemos sin embargo , en las cosas sensibles alguna imágen de lo mismo. El hierro puesto al fuego toma la forma de fuego , y , aunque su sustancia no se haya alterado , parece sin embargo cambiada y reducida á fuego ; del mismo modo los Santos , introducidos en la gloria celeste , están de tal manera inflamados por el amor de Dios , que sin embargo de no haber cambiado de naturaleza , son muy distintos de los que habitan en la tierra , así como el hierro candente se distingue del que está frio. Para decirlo todo en una palabra , la felicidad suma y absoluta que llamamos esencial consiste en la posesion de Dios ; y ¿qué puede faltar á la perfecta dicha de aquel que posee al Dios bueno y perfecto por excelencia ?

En cuanto á los bienes accesorios , seria tarea infinita enumerarlos , y hasta es imposible conocerlos todos : lo que debemos saber es que todas las clases de bienes y de placeres que es posible desear y gustar en la tierra , ya sean espirituales , ya corporales , los poseerémos con toda abundancia , pero de un modo tan elevado é incomprendible que *ojo no vió , ni oreja oyó , ni en corazon de hombre subió* ¹. Para explicarlo algo , dirémos que la felicidad accidental de los Santos es una consecuencia de la felicidad esencial de que gozarán , y esta felicidad consiste en la completa satisfaccion de todos los deseos que el hombre , hecho semejante á los Ángeles , puede formar para su cuerpo y para su alma. Añadamos que el alma bienaventurada gozará de tres dones ó cualidades elevadas á su mas alta perfeccion : la *vision* , la *comprension* ó la *posesion* , y la *fruicion* , magnífica recompensa de las tres virtudes teologales ; la vision es la facultad de ver á Dios cara á cara , y será la recompensa de la fe ; la comprension es la facultad de poseer á Dios como sumo bien , y será la recompensa de la esperanza ; la fruicion es la facultad de gozar deliciosamente de Dios , principio y fin de todo amor , y será la recompensa de la caridad ². Estas tres inefables felicidades serán tanto mas grandes , en cuanto habrémos practicado con mas perfeccion las tres virtudes cuyo premio serán.

Debemos añadir tambien que el cuerpo gozará de cuatro cualidades : la claridad , la agilidad , la sutilidad y la impasibilidad , segun lo hemos explicado en el artículo anterior , y además que el cuerpo y el alma de ciertas clases de bienaventurados gozarán de una gloria particular llamada *auréola*. « La auréola , dice santo Tomás , es la recompensa privilegiada de una victoria privilegiada , y así como hay

¹ I Cor. ii , 9. — Véanse mayores explicaciones sobre nuestro estado futuro en la última leccion del Catecismo , t. IV.

² Et sic dotes tres respondent tribus virtutibus theologis : scilicet *visio fidei ; spei vero comprehensio ; caritati vero fruitio vel delectatio.* (S. Thom. 3 p. q. 95, art. 5.)

» tres victorias privilegiadas en los tres grandes combates que debe
» el hombre sostener en la tierra, hay tambien tres auréolas. En los
» combates contra la carne, la victoria privilegiada, es decir, la mas
» excelente, es la virginidad; en los combates contra el mundo, la
» victoria privilegiada, puesto que cuesta al vencer su sangre y su
» vida, es el martirio; en los combates contra el demonio, la vic-
» toria privilegiada, puesto que arroja el espíritu de tinieblas y de
» mentira no solo de nuestro corazon, sino tambien del corazon de
» los otros, es la predicacion. Así gozarán de la auréola en el cielo
» tres órdenes de Santos: los Vírgenes, los Mártires y los Doctores;
» comprendiendo en esta última clase á los predicadores, á los cate-
» quistas, en una palabra, á todos aquellos que enseñan con sus pa-
» labras ó con sus escritos las verdades de la salvacion ¹. »

Veamos ahora qué cosa será esta auréola, y qué ventajas procura-
rá á los Santos que de ella estén favorecidos. La auréola será un
rayo mas brillante de la gloria esencial de los Santos; para el alma
será una felicidad exclusiva y particular en relacion con la victoria
cuya recompensa sea; para el cuerpo será un brillo mas vivo que
dará á conocer entre todos los bienaventurados á los Vírgenes, á los
Mártires y á los Doctores ².

La auréola de los Vírgenes será una luz de una blancura brillante
que los rodeará como de una nube diáfana, al través de la cual se
verá la intachable pureza de su alma, la que les atraerá la admira-
cion y el respeto de toda la Jerusalem celestial, con el particular amor
de Nuestro Señor, á quien acompañarán en todos sus pasos, cantando
el eterno himno de su doble victoria, es decir, de la doble integridad
de su cuerpo y de su alma ³.

La auréola de los Mártires será una luz de color de púrpura y de
rosa, que envolverá sus cuerpos haciendo aparecer con mas radiante
brillo sus gloriosas cicatrices; por ella serán reconocidos y admira-
dos como los héroes de la fe, y merecerán favores especiales de parte
de la augusta Trinidad, y especialmente de Nuestro Señor Jesucristo,
el Rey de los Mártires ⁴.

La auréola de los Doctores será una luz semejante, segun la Es-
critura, por el brillo y el color á la de las estrellas del firmamento, la
que les hará reconocer á lo lejos como á los bienhechores astros cuyos
rayos disiparon las tinieblas de la ignorancia y del error, que acu-
mulaba el demonio al rededor de la Iglesia militante, esforzándose
en hacerlas penetrar en cada hombre que llegaba á este mundo ⁵.

¹ Aureola est quoddam privilegiatum præmium privilegiatæ victoriæ respondens,
etc. (3 p. q. 96, art. 11.)

² Soto, *In iv, dist.* 49.

³ Apoc. xiv *Glos. in hunc loc.*

⁴ S. Aug. *Serm. I de Sanct.*

⁵ Dan. xii, 3.

Añadamos finalmente, ya para manifestar la admirable caridad
que hará de todos los Santos un solo corazon y una sola alma, ya
para consolarnos de la muerte de nuestros parientes, excitar en nos-
otros el deseo del cielo y regocijarnos de la proximidad de nuestra
muerte, que la gloria accidental de los Santos irá aumentando cada
dia, cada hora, desde su entrada en el cielo hasta el fin del mundo.
Una sencilla comparacion nos hará comprender tan embelesadora
idea: Suponed que un hombre entre en un estanque donde el agua
le llegue hasta la cintura; cuantos mas hombres entren en el mismo
estanque despues de él, mas se elevará el agua, sin que por esto su
cantidad haya aumentado ni disminuido. Así es que aunque en el
cielo la gloria esencial, es decir, la felicidad de ver y de poseer á
Dios, sea siempre la misma, á medida que llegan nuevos bienaven-
turados, el placer de ver nuevos compañeros de su felicidad aumenta
realmente la felicidad de los Santos.

La perspectiva de la felicidad del cielo debe excitar en nuestra alma
un reconocimiento tanto mayor, en cuanto la vida eterna es el cuarto
beneficio de la Iglesia, cuyos hijos somos. En efecto, el cielo solo será
para los justos; los justos son los que han muerto despues de haber
sido purificados del pecado original y del pecado actual; y ya hemos
demostrado que el perdon de estos pecados, y de todos los demás, no
se encuentra mas que en la Iglesia católica.

El Símbolo termina con esta palabra *amen, así sea*. Salida de nues-
tros labios al fin de nuestra profesion de fe, la palabra *amen* significa:
sí, así es; todo lo que precede es verdadero; lo creo sin sombra de
duda ni de vacilacion, y estoy pronto á firmarlo con mi sangre. En
efecto, á veces nos vemos obligados á sostener nuestra fe con nuestra
sangre, como sucedió á los Mártires de la primitiva Iglesia, y como
sucede aun á los cristianos de la China ó del Tong-King. En cuanto á
nosotros, nos está mandado no solo creer desde el fondo de nuestro
corazon, sino tambien manifestar nuestra fe exteriormente en muchas
circunstancias ¹. El mismo Salvador nos impuso este sagrado deber
cuando dijo: *Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le con-
fesare yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me
negare delante de los hombres, lo negare yo tambien delante de mi Padre
que está en los cielos* ². Hay tres modos de profesar nuestra fe delante de
los hombres: 1º. por nuestras palabras y por nuestras obras; 2º. por
la recitacion del Símbolo si es necesario; 3º. por la señal de la cruz,
que es el resumen del Símbolo y de toda nuestra creencia. Es de obli-
gacion profesar la fe cuando uno es interrogado jurídicamente acerca
de su creencia; cuando sin ser interrogado jurídicamente pueda el

¹ Rom. x, 10.

² Matth. x, 32, 33.

silencio interpretarse por una apostasia y escandalizar al prójimo, y finalmente cuando se tiene que cumplir un deber exterior de la Religion. En este caso se profesa la fe por las obras, y por el contrario se reniega de ella en un sentido cuando por respeto humano se falta al deber que nos está impuesto⁴.

El Símbolo, hé aquí la expresion de lo que debemos creer para unirnos por la fe al nuevo Adán, y participar de los frutos de su redencion, así en el tiempo como en la eternidad. El Símbolo, hé aquí el portentoso medio por el cual el Mesías ha librado el espíritu humano de sus errores pasados, y le ha puesto á cubierto de nuevos errores. El que cree en el Símbolo, cree en la verdad; y el que le niega su fe, se condena á la duda y á las mas penosas y humillantes incertidumbres.

« Yo te saludo, Símbolo católico! fuente de sabiduría, principio de
» virtud para los particulares, no eres ni menos necesario ni menos
» útil á la sociedad. ¡Ingrata! ¿por qué desconoce ella tus beneficios?
» Sol de verdad, tú fuiste el que apareciendo hace diez y ocho siglos
» en el horizonte del mundo sepultado en las espesas tinieblas del
» Paganismo, pusiste en fuga el enjambre de ridículos dioses ante los
» cuales se postraban los filósofos, los pueblos y los reyes. Tú fuiste
» quien libertaste al género humano de las groseras supersticiones
» que le degradaban; tú quien le libras de ellas todavía. Tú eres
» quien, brillando en cada inteligencia que llega á este mundo, le das
» justas nociones de Dios, del hombre, del mundo, de su origen, de
» sus deberes, de su destino y de la augusta sociedad que le une con
» el Padre de todos los seres.

» Sublime expresion de la doctrina del Legislador bajado de los
» cielos, la sociedad moderna te debe la civilizacion en que cifra su
» gloria. Las costumbres de los pueblos, sus leyes é instituciones pro-
» vienen de las ideas y de las creencias; tú fuiste quien, sustituyendo
» las ideas católicas á las ideas judáicas y paganas, cambiaste la faz
» del mundo, y diste á las naciones cristianas la brillante superioridad
» que las distingue. Tú reformaste las antiguas ideas sobre el es-
» clavo, sobre la mujer, sobre el hijo, sobre el prisionero, sobre el
» pobre, sobre el poder de los reyes y el deber de los súbditos.
» Parte integrante del Cristianismo, eres tan necesario á la sociedad
» como al Cristianismo mismo. Tus doce artículos son como doce co-
» lumnas mas brillantes que el oro, mas sólidas que el diamante, las
» que elevan y sostienen á una grande altura el edificio social en las
» naciones católicas; conmovida una de ellas, todo el edificio se ar-
» ruina. Emanacion de la inteligencia divina, tú diste á la humana
» inteligencia este vigor, esta elevacion, esta lucidez, principio de

⁴ *Confitentur se nosse Deum, factis autem negant. (Tit. 1, 16.)*

» sus nobles triunfos en las ciencias. Tú señalaste á estas su punto de
» partida, y les proporcionas aun la solucion de sus últimos proble-
» mas. »

Hombres, naciones modernas, á quienes el Símbolo católico ha elevado tan alto, ¿por qué no os postrais de rodillas ante tan saludable enseñanza? ¿Por qué, ingratos, la despreciáis? Recorred los Símbolos de los pueblos no católicos, examinad los sistemas de los filósofos, los planes regeneradores de los políticos antiguos y modernos, y decid: ¿qué os atreveréis á compararle, qué os atreveréis á poner en su lugar? ¡Ah! abjurad mas bien errores dilatados y funestos en demasía, reconciliaos francamente con el Símbolo que civilizó el mundo, es decir, que os sacó de la barbarie y que os impide caer de nuevo en ella. Para amarle desde el fondo de vuestro corazon, reflexionad por un instante en las siguientes preguntas: ¿Qué eran las mas célebres naciones del globo en religion, en política, en civilizacion verdadera, antes de la promulgacion del Símbolo católico? ¿Qué son aun en el dia las naciones que no lo conocen? ¿Qué es de los pueblos que lo desprecian? Mirad, á la vista teneis la contestacion á estas preguntas, y esta contestacion, al mostraros el lugar inmenso que el Símbolo católico ocupa en la Religion, en la política, en las ciencias, os llenará de admiracion hácia este beneficio desconocido en exceso, y de gratitud hácia el Dios que se dignó dispensároslo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado el Símbolo para iluminar mi espíritu, y para mostrarme el camino del cielo; hacedme la gracia de que jamás siga otra luz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me propongo mostrarme altamente cristiano.